



Temer a Dios

El hombre es una pieza única –y quiero aclarar una vez más, que cuando me refiero al hombre estoy hablando del ser humano– pero sujeto a ciertas diferencias orgánicas. Todos tenemos esos mismos órganos y ejercen las mismas funciones, pero como digo, estos órganos no son iguales por pequeñas diferencias. Unos tienen los ojos verdes, otros azules, o de manos cortas o largas, otros son chatos otros narigudos, etc... y esto es lo que caracteriza al individuo. No podía ser de otra manera. Un prado está lleno de florecillas salvajes, millones de ellas que prestan su colorido y su forma a la belleza del paisaje y que pisoteamos con la más absoluta indiferencia. Si examinamos dos de ellas, vemos que son de la misma familia, pero distintas. Y todo ello da una idea cabal del inmenso poder de Dios. Dios no se repite, precisamente porque la repetición de dos flores iguales, limitaría el poder maravilloso del Creador.

El hombre no podía ser de otra manera. Dos flores iguales nos dejarían indiferentes; dos hombres iguales traerían muchos problemas a la vida, ya de por sí bastante complicada... Esto en cuanto al físico, que si nos ponemos a divagar sobre el intelecto, o sin calar tan hondo, de su manera de pensar, no acabaríamos nunca, pues el hombre no es un bloque, ni su pensamiento es uniforme.

Todos los credos políticos llevan en sí ciertas injerencias extrañas que pertenecen a otras ideologías, pero sutiles y que en muchas ocasiones pertenece a lo que se está combatiendo. Estos flecos que deja el pensamiento, a veces tan disimulados que no se perciben a simple vista, analizados sin pasión, nos lleva a la conclusión de que el mismo intelecto sufre los virus éticos y morales, del espacio en que vive. y el hombre, metido de lleno en el tráfigo de su vida, ateo o creyente, seglar o religioso, participa de todas estas vivencias y le sitúa ante una premisa coloquial: el temor.

Todos tememos a alguien. Nadie escapa a ese vasallaje que rendimos al miedo. El marido puede temer a la esposa, el hijo al padre, el novio a la novia, el alumno al profesor y así seguiríamos enumerando situaciones, que no acabaríamos nunca.

Este miedo que sentimos, muy domesticado, al que vestimos de domingo para que pasee con nosotros, puede aparecer en cualquier momento, siempre molesto y mal educado.

El amor no teme, recela. Nadie puede amar a otra persona en un clima de temor y si lo hace es que ese amor no se ha desarrollado como debiera, porque el cariño, eso que nosotros llamamos amor humano, desaparece ante el temor. Es algo así como esas plantas que nacen debajo de las piedras y que están canijas y mal desarrolladas por la falta de luz y de aire.

Es una frase muy corriente decir que debemos temer

a Dios. ¿Pero hemos pensado alguna vez qué es el temor a Dios? ¿Por qué y como debemos temer a Dios, si Dios todo es amor?.

Todas estas preguntas, de muy difícil solución si atendemos a lo que nos han inculcado, nos dejan ante un dilema tremendo: o amor o temor.

Si amas, miel sobre hojuelas, pero si dices que amas a Dios y al mismo tiempo le temes, qué clase de amor es el tuyo, pues ya hemos dicho que el amor puede morir en un clima de temor. ¿Qué pasa entonces?. Pues que algo no encaja en el puzzle.

Para el creyente, para tantas personas que por fortuna aman a Dios, para los que se marcan una pauta religiosa, para los que edifican su vida y la de los suyos sobre normas éticas y morales, ese temor a Dios no existe como tal, sino como un temor a unos mismo, ese temor tremendo del que cae en pecado por sus debilidades y con el que ofende a quien no se lo merece. En resumidas cuentas, tememos no a Dios, sino ofender a Dios. Tememos en fin, por amor, que es el verdadero temor de Dios. Temor de ofender al Amado.

Claro que hay muchos cristianos cuya fe naufraga en las aguas turbulentas de sus dudas y si no se dan a Dios enteramente, tampoco renuncian a El en un sentido estricto. Están como Santa Marcela, con un pie en el cielo y otro en la tierra, según el dicho popular.

Estos son quizás los que más “temen”, pues no sufren por su falta sino por lo que pueden perder por ella. Son los que se quedan a medio camino de todo, los que esperan un golpe de suerte, los que se dejan arrebatar por las palabras del que más vocea, los que se agarran a los modernismos en la confesión y la comunión, los que dicen que ahora se comulga sin confesar, los que temen a Dios porque no aman a Dios, los que se vuelven en el primer obstáculo, pero dejando una puerta abierta a su cobardía. Son como si dijéramos, cristianos de media pensión.

Soneto

Me dicen, mi Señor, que he de temerte,
que el que no teme a Dios, no está llamado,
Cómo temer a Dios crucificado;
por qué sentir temor para tenerte.

Cómo puedo temer, cuando la suerte
de tu Cruz y tu Gloria está a mi lado.
Cómo temer la mano que he besado,
cómo temer la dicha de quererte.

Si amo el prado, el sol, la luz del día,
y me dicen que tema de repente
todo lo que venera mi porfía.

No quiero temer, a gloria mía,
que la sangre que mana de tu frente,
me llena de tu amor mi rebeldía.

ANTONIO INIESTA